

fiesa que sintió honda emoción desconocida.  
¿No había de sentirla?

Todo esto ¿quiere que se lo diga más claro? no es más que fe cristiana. Es la fe que se adormece por nuestras culpas ó nuestro descuido, pero está ahí.

La palabra de la teología no es una palabra vana y nos dice que en el bautizado persiste el hábito de la fe.

Usted, querido compañero, dice y cree que estamos completamente distanciados, pero que nos une el sentimiento de la belleza.

No, no es precisamente el sentimiento de belleza lo que nos une, es la fe cristiana.



#### XIV

##### Religión condescendiente.

**E**L practicar la religión tal como la enseñó Jesucristo, no cabe duda que es un poco peliagudo.

En particular tiene tres ó cuatro puntos que, francamente, resultan fastidiosos como ellos solos.

Prescindir de toda creencia tiene también sus inconvenientes.

¿Qué hacer?

En primer lugar entonar un himno al siglo diez y nueve, que bien pudiera ser el tan conocido de :

« Oh venturoso siglo diez y nueve ó por mejor decir décimonono. »

Él es el inventor de una religión tan

cómoda, tan amable, que tenga cuanto de consolador y dulce había en la antigua fe, descartando todo, absolutamente todo lo que puede molestar.

Ejemplo al canto.

Me parece que no hay nada más molesto y fastidioso que el dogma del infierno.

Vivir uno bajo la amenaza constante de ir á arder eternamente bajo la nada suave mano de Pedro Botero era una verdadera atrocidad.

Fuera el dogma del infierno dijimos los modernistas.

Bueno, contestó la Iglesia, pero entonces aléjese también el dogma del cielo.

De ninguna manera, dijimos, el cielo nos hace falta y no podemos dejarlo.

¿No ve V. que en esta vida hay disgustos sin cuento; hay enfermedades y de postre la muerte con su acompañamiento de sepultura, corrupción, gusanos y demás requilorios?

Ahora quítenos la esperanza de una vida mejor y nos ha hecho un flaco servicio.

La cosa se reduce á dejar del todo y para siempre la idea del infierno, que no nos sirve para nada agradable, y quedarnos con la del

cielo, que no puede ser ni más simpática ni más bonita.

Los hombres pensadores, que siempre suelen ser los que descomponen el cuadro en este mundo sublunar, clamaron que el mismo fundamento tiene el dogma del cielo que el del infierno.

Añadieron que si rechazamos uno hay que rechazar el otro, como quiera que la palabra de la Iglesia es la que da fundamento á los dos igualmente.

No faltó quien asegurara que con más claridad se habla en la Santa Escritura del infierno que del cielo.

Afortunadamente hicimos oídos de mercader á todas estas monsergas y definitivamente nos quedamos con un cielo prometido para después de la muerte, cielo que nos viene como anillo al dedo para suavizar esa terrible necesidad de morir que padecemos y también sirve de lenitivo en la muerte de los seres que nos son queridos.

En otros siglos eminentemente obscurantistas y atrasados se veían las gentes en mil conflictos por la intranquilidad de la religión.

Había quien con tal de no renunciar al cielo apencaba con el infierno.

Ni faltaban algunos que por deshacerse del temor del infierno renunciaban también al cielo.

Es verdad que aquellas pobres gentes viajaban á caballo ó en carro.

Una cosa hacía *pendant* con la otra.

Lució por fin la aurora del siglo de las luces y de Don Tancredo.

Amaneció el día venturoso del saber y de la ciencia y descompusimos la fe, como la química había descompuesto el agua.

Oxígeno é hidrógeno resultó esa substancia tan útil y tan limpia.

La fe se descompuso en dos elementos.

Mandamientos y dogmas.

Los mandamientos desde luego quedaron suprimidos.

Los dogmas fueron subdivididos en dogmas agradables y desagradables.

Ni que decir tiene que fueron barridos los desagradables para que no quedaran más que los estéticos y recreativos.

Con eso dejamos la religión como las propias rosas.

El que no sea secuaz y practicante de esta religión modernista, es que no sabe lo que se pesca.

Es posible y aun probable que en la hora de la muerte nos encontremos con que en la combinación tan hábilmente preparada no entra Dios y sigue mandando á cuantos lo merecen al infierno.

Contratiempo grande sería á no dudar.

Mientras tanto, que nos quiten lo bailado.

Ahora nos damos tono de reformadores y adoradores del catolicismo y llamando anti-gualla al infierno, espantamos tal idea como se espantan los mosquitos con un plumero.





XV

La chismografía.

**R**ODRÍA muy bien definirse diciendo que es una puerta que tiene el infierno para que entren por ella las personas piadosas.

Hay quien se decide á todo menos á dejar la chismografía.

Se vencen las pasiones más indomables; se acallan los instintos más aviesos; se da libelo de repudio á todo lo que el mundo ama y abraza. Y vienen las prácticas de piedad, la vida austera y recogida, el hábito humilde y pobre, el respeto acendrado á la religión.

Vida inmaculada se ha logrado al parecer.

Muchos sacrificios se han hecho.

El demonio tiene allí perdido el pleito.

¿eh?

Bueno está el demonio para abandonar así como así un alma.

No se la llevó por el camino del crimen, de la impiedad ó del desorden, pero se la lleva bonitamente por el de la chismografía.

Claro es, y esto lo sabe todo el mundo, que la chismografía no es otra cosa más que un nombre decoroso de la murmuración y de la difamación.

Con la misma atención y cuidado continuo y münicioso con que Pasteur estudiara sus microbios, observa el chismoso á sus víctimas.

Un gesto, una mirada al pasar por tal calle, el sombrero llevado de esta ó de la otra manera, un rebozo, un mechón de pelo, un paso acelerado ó tardo, cualquier cosa basta para hacer un juicio, reconstituir una historia, formular una acusación, convertir en pedazos un buen nombre.

Otros defectos y vicios se oponen de todo en todo á las prácticas de la piedad.

Este, según el criterio de muchos, se aviene perfectamente hasta con la Comunión diaria y fervorosa.

Antes y después de comulgar se puede y

aun sienta muy bien un ratito de chismo-  
grafía.

¿De qué se ha de hablar con los compa-  
ñeros ó compañeras de cofradía y apostolado?

Pues de eso, de que Doña Fulana pasaba  
ayer muy de prisa por la calle de tal ó de cual.

Yo no afirmo nada, pero no falta quien  
asegura que allí precisamente vive un capitán  
de caballería íntimo amigo suyo.

Mis palabras no la ofendan; me han dicho  
que esa Señora es de costumbres muy libres.

Mire V. la muy hipócrita y parece que no  
quiebra un plato.

Qué quiere V., vivir para ver, hija mía,  
vivir para ver.

Y dónde me deja V. las confesiones de  
Doña Catalina?

Cállese, por Dios, que se ven unas cosas  
que ya, ya....

No, pues el padrecito ese me parece á mí  
que no va como Dios manda.

Eso es evidente. ¿No ha visto V. la son-  
risita con que suele despedirla del confeso-  
nario?

Que conciencia tienen algunas gentes.

No es lo peor, con ser tan malo, el que los  
chismosos se hagan daño á sí mismos, sino

que hacen un daño horrible á la religión.

En mi vida se me olvidará que oí á unos  
criados de casa grande decir :

¡ Ah! ¿La Señora ha ido á comulgar? Dios  
nos coja confesados; hoy tenemos platos y  
tazas por el aire.

Es decir que los mundanos se preguntan :  
¿De qué sirven tantas confesiones y prác-  
ticas religiosas si los que las practican son á  
veces los que con más descaro y crueldad  
faltan á la caridad y amor del prójimo?

Entre los que han estudiado ciencias eccle-  
siásticas pasa á ser un axioma que el estudio  
de la teología moral hace á los hombres  
anchos en escrúpulos y estrechos en materia  
de murmuración.

En esa teología, como está el espíritu de  
la Iglesia, se ve cuán fácilmente se peca  
mortalmente y de un modo horrible en la  
difamación del prójimo.

Es un error con el cual el demonio pierde  
gentes á millares.

Los que se morirían de pensar solamente  
en comerse una chuleta en Viernes Santo, se  
comen ese mismo día seis ó siete honras y se  
quedan tan frescos.

No solamente frescos sino hasta orgu-

llosos como diciendo : « Ahora sí que comienzo á ser devoto de veras; ya murmuro de una manera admirable ».

Lo dicho, la chismografía es la puerta que tiene el infierno para que entren por ella las personas piadosas.



## XVI

## Fraseología.

**S** i VV. quieren lucirse en una conversación cualquiera, no han de ocuparse para nada de aprender las materias propias de tal profesión.

No : según la escuela modernista, lo que hay que saber manejar con soltura y maestría es el conjunto de frases consagradas ya, por decirlo así, al lucimiento y prestigio de los iniciados.

¿ Qué importa que un doctor sepa mucha medicina, diagnostique maravillosamente y conozca el cuerpo humano como su propia casa?

Lo que interesa es que sepa emplear unos terminillos que no entienda nadie absolutamente y, venga á pelo ó no venga, hable en

todas partes y ocasiones de las operaciones quirúrgicas que ha practicado, de los enfermos graves que ha salvado y de las victorias brillantes que ha obtenido sobre todos cuantos han querido negar su ciencia y su erudición.

El médico modernista debe, cuando está convidado á comer en una casa extraña, levantar á todos los comensales el estómago, contando cómo le sacó las tripas á uno, extrajo un tumor á otro y puso nariz postiza al de más allá.

Pues no digo nada de un licenciado que desea hacerse célebre.

Como no conozca la fraseología está perdido.

En primer lugar no ha de llamarse á sí mismo licenciado ni abogado á secas. De ninguna manera.

Ha de decir jurisconsulto ó legisperito.

Pero á los que les hace falta la fraseología como el comer es á los periodistas.

Periodista que ignore el que, con término un tanto irrespetuoso, llamaría yo *caló* del oficio, está completamente perdido.

Revistero de teatros que, al hablar de un beneficio no empiece diciendo : « Dadas las

simpatías con que cuenta el beneficiado, etc., etc », no sabe lo que trae entre manos.

Después viene lo de : « Las ovaciones se sucedieron sin interrupción ». « Bien puede estar satisfecho el Sr. tal ó cual ».

Si es estreno, ha de sacar á colación que : La obra adolece de falta de ensayos « Salvo de algunas inexperiencias de principiante ». « En sucesivas audiciones formaremos juicio » « El autor fué llamado al palco escénico » como llegue á decir escenario, está desacreditado.

En un *debut* salga el orgasmo, palabra capaz por sí sola de labrar la reputación de un revistero.

La tiple ó el tenor estaban poseídos del orgasmo.

Es de cajón.

Cuando se trata de política, claro es que hay que distinguir entre los periódicos de oposición y los ministeriales.

Para cada grupo hay su diccionario.

Porque no basta que un ministro diga « Defienda V. esta atrocidad que acabo de hacer ».

Es necesario saber defenderla con decoro y de un modo periodístico.

« Digan lo que quieran los que hablan impulsados por la pasión rastrera y el despecho mal disimulado, el ministerio sigue su marcha majestuosa entre los aplausos de todos los hombres imparciales y honrados.

Móviles cuyo nombre mancharía nuestras columnas siempre immaculadas son el impulso que mueve á esos cuatro desgraciados mercachifles de la prensa para extremar sus ataques á un gobierno que ha señalado para el país, una era de paz y de prosperidad. »

Si el periódico es de oposición, debe cada lunes y cada martes decir :

« Conocida es de todos nuestra imparcialidad y buena fe : por esto no nos llegan los ultrajes de esos estómagos agradecidos que anteponen vilmente su interés al de la patria ».

« Hemos callado mucho tiempo, pero dejaríamos de llamarnos patriotas y aun hombres de bien si calláramos ante el desquiciamiento de todos los órdenes de la vida social : la ruina del país y la bancarrota que á pasos agigantados se aproxima. »

Mire V. le dicen á un buen director de periódico, que el Diario tal nos ha dado una paliza de padre y muy señor mío. No nos ha dejado hueso sano.

¿ De qué asunto se trata ?

Se trata de pedagogía y no hay uno en la redacción que sepa siquiera si eso se come con tenedor ó con cuchara.

Es V. un pipiolo. ¿ Qué falta hace saber pedagogía para contestar victoriosamente á uno que habla de ella ?

Yo creía...

Usted no sabe de la misa la media en achaques de periodismo á la moderna. Mire V. yo ni siquiera voy á leer lo que dice el tal periódico y ahora mismo contesto victoriosamente sus artículos ».

Efectivamente, al día siguiente aparece un largo artículo del Director, que comienza diciendo : « No hemos de descender nosotros á las miserables regiones del fango donde se agita « El Cosmopolita ».

« Con su acostumbrada mala fe ha tergiversado el asunto y demostrado que se encuentra por completo ayuno en la materia de que se trata.

Truncando textos, omitiendo frases esenciales, usando palabras de plazuela que no cuadran en un periódico serio como el nuestro, no se discute.

Nosotros vamos con la frente muy alta y



no han de detenernos los ladridos de quienes no merecen ni una mirada de desprecio soberano.... »

¡ Oh la fraseología! ¡ De cuántos apuros saca y cuán necesaria es á todo el que quiera abrirse paso en los difíciles tiempos que atravesamos!



## XVII

## Lo cursi.

**I**NDIVIDUO hay por esos mundos de Dios que si le llaman bandido se queda tan tranquilo, pero lo que es como le llamen cursi, ya está queriendo lavar la ofensa con sangre.

Sobre todo en el bello sexo la palabra cursi causa verdaderos escalofríos.

No se lo llaméis á ninguna mujer : que no sepa tampoco que lo habéis dicho de ella, porque esa mujer se convertirá en una enemiga vuestra para toda la vida.

No me quiero ya ahora detener en estudiar si tal palabra viene ó no viene de la famosa familia de Sicur como lo quieren los eruditos de cuarta luz : lo único que he de hacer

constar es que la cursilería ha hecho más daños en el mundo moral que en el material el cólera morbo asiático.

El temor de ser cursi ha quitado de la familia aquel Rosario que sobre ser una práctica cristiana de las más hermosas, era un lazo de unión y un espectáculo de los más edificantes y sublimes.

¡ El Rosario se hizo cursi! ¡ Dios nos asista! ¿ Cómo van á rezarlo las gentes que reciben un día á la semana y toman te aun cuando no les duela nada?

Es verdad que aquellas familias cursis que rezaban el Rosario eran las que gozaban de una paz octaviana.

Las que vivían del respeto de los hijos para los padres y del amor entrañable de éstos para los hijos.

Eran aquellas en las que la madre criaba á sus hijos : en las que el padre presidía verdaderamente el hogar sin vivir en la cantina ó en el casino : aquellas en las que los viejos tenían el consuelo de morir entre las caricias y el amor de sus ascendientes : aquellas que después del culto de Dios tenían el culto del honor : aquellas que desconocían, porque tenían la bendición del Cielo, la palabra

trampa y deuda y acreedor y empeño y ban-carrota.

Es verdad también que la desaparición del Rosario y otras cursilerías coincidió exactamente con la llegada de esos padres que abandonan completamente la educación de los hijos : de esos hijos que no respetan ni aman á sus padres : de esos hogares sin honor y sin tranquilidad donde la familia sabe ó vislumbra las trampas y los enredos de los jefes que debieran darla ejemplo.

Con la desaparición del Rosario ha venido esta época en la que, estremecidos, tenemos que oír todos frecuentemente la narración que nos hace un padre infeliz ó una madre angustiada de como en su casa ha muerto el respeto y ha muerto también el amor.

Es de advertir que en la confección de la familia ó sea el matrimonio, ha hecho y también está haciendo estragos terribles lo cursi.

Comencemos por decir sin ambages ni rodeos que los matrimonios por amor son la cosa más cursi que existe en nuestra sociedad.

¡ Como que empieza por ser cursi y archi-cursi el tener novia del modo honesto y cristiano que antes se tenía!

¡ Casarse sin poder hacer un viaje de novios á París ó á Londres! ¡ Casarse sin enseñar antes á los amigos una casa llena de *confort* y de elegancia! ¡ Casarse sin convertir Santa Brígida en un jardín de nardos y claveles! ¡ Casarse sin que tenga collar de brillantes y traje de piel de seda la novia! ¡ Casarse y que no hagan los periódicos el recuento de los regalos todos, valiosos y modernistas, que se han cruzado entre las familias de los contrayentes! Todo eso sería una cursilería y ya lo dicen las personas de buen tono : para eso, más vale no casarse.

Lo de constituir un hogar cristiano : lo de crearse una familia : lo de satisfacer un amor puro y acendrado : lo de prepararse un tabernáculo de paz y de virtud para la vejez, todo eso son cursilerías.

La última frase del matrimonio *art nouveau* es la de llevar ante el cura y ante el altar, no dos corazones, sino dos bolsillos.

Es la *creme* de la elegancia.

Inútil sería querer ocultar que así se forman esos hogares fríos y aburridos que no son más que aquella espantosa soledad de dos en compañía que cantó Campoamor.

Inútil también advertir que las casas de

esos matrimonios hacen el efecto de las iglesias protestantes donde no está Dios.

Son templos sin Dios : hogares sin el dios del hogar que es el amor.

Omito el considerar las vergüenzas y hasta los crímenes que producen semejantes uniones, que más que matrimonios podríamos llamar sociedades de socorros mutuos ó *troupes* de esas que para ganarse unos pesos recorren los circos ecuestres.

Solamente he de decir que el día en que nos decidamos á ser cursis todos, nuestra sociedad está salvada ó por lo menos, en camino de salvación.

En algún otro artículo he de seguir ocupándome de cursilerías, porque la cosa tiene miga.

